

Recuerdos de nuestra emigración

Lucía de los Ángeles Lacarta Martínez

MI FAMILIA

Comenzaré presentando a mi familia con la que viajé en el “Cabo de Buena Esperanza” rumbo a Buenos Aires (Argentina). Salimos de Barcelona el 24 de enero de 1948 y llegamos el 16 de febrero. Éramos siete personas. Voy a mencionar sus nombres, apellidos, edades en el momento del viaje y lugar de nacimiento:

- 1) Mi abuelo materno: Juan Martínez Diago, 84 años, nacido en “Cueva de Ágreda”, provincia de Soria (Castilla).
- 2) Mi madre: María Carmen Martínez Serrano, 40 años, nacida en “Cueva de Ágreda”, provincia de Soria (Castilla).
- 3) Mi padre: Andrés Avelino Lacarta Navarro. 42 años, nacido en Tarazona, provincia de Zaragoza (Aragón).
- 4) Mis hermanos y yo todos nacimos en Tarazona, provincia de Zaragoza (Aragón).
 - a) María del Carmen Lacarta Martínez, 16 años. Tenía pasaporte propio, aparte del de mis padres, por tener más de 15 años.
 - b) Marcelina Lacarta Martínez, 13 años.
 - c) Lucía de los Ángeles Lacarta Martínez, 7 años. Soy la autora de este relato.
 - d) Juan Antonio Lacarta Martínez, 5 años.

VIDA EN ESPAÑA

Mi madre nació en Cueva de Ágreda (provincia de Soria, hoy Comunidad Autónoma de Castilla y León). Con sus padres y hermanos se establecieron en Tarazona (Aragón) desde muy pequeños. Pero la relación con sus otros familiares de Cueva de Ágreda fue constante. Ellos venían a pasar las fiestas de Tarazona o para ayudarnos con la cosecha. Seguimos comunicándonos por teléfono actualmente.

Mi madre conoció a mi padre en Tarazona. Ya de novios, mi padre tuvo que hacer el servicio militar en el norte de África. Envío una foto suya en África con otros soldados (él está de pie en el centro con uniforme). Siguieron el noviazgo por carta. Cuando regresó, se casaron y nacimos sus cuatro hijos en Tarazona (Aragón). Nuestro domicilio en Tarazona (provincia de Zaragoza), era en la placeta Marimancebo n.º 10 (nombre que le habían dado los árabes).

Me parece necesario describir la casa para después compararla con la de Buenos Aires: nuestra casa constaba de planta baja y dos pisos. En la planta baja había una vivienda, que alquilaba un matrimonio, y el granero. Una escalera bajaba a la bodega donde mi padre hacía el vino. En el primer piso, subiendo por la escalera, vivíamos nosotros. Teníamos dos amplias habitaciones que ventilaban la parte trasera de la casa, y otra más chica que daba a la calle, era la de mi abuelo. La cocina amplia tenía un hogar a leña con poyos (*sic*) a ambos lados y una cocina a leña para hacer la comida, en el otro extremo. También daba a la calle. Un baño y un lavadero daban a la parte de atrás. En el segundo piso vivía otro matrimonio con hijos, que también alquilaba.

Atrás de la casa estaban los corrales. Se accedía a ellos por una rampa cercana a la bodega. Teníamos animales domésticos y un macho¹ para las tareas propias del campo. La casa era amplia y confortable, instalamos el agua corriente poco tiempo antes de partir hacia Buenos Aires.

Para comprender mejor la diferencia entre la vida de Buenos Aires y la de España, voy a describir las actividades de la familia en Tarazona. De ahí se podrá deducir cómo nos sentíamos cada miembro y el esfuerzo de adaptación que cada uno tuvo que hacer. También se comprenderá la añoranza, el desarraigo, el tratar de insertarse en una sociedad tan distinta a la nuestra. Juan, mi abuelo castellano, había sido designado juez de su pueblo (Cueva de Ágreda). Función que ejerció, no por haber realizado estudios en ese sentido, sino por su capacidad de reflexión, sensatez y equilibrio en su carácter. Siempre tenía el Código a mano y, según me contaron, lo aplicaba con sabiduría. Ya mayor, ayudaba en lo que podía. Molía olivas, para hacer el aceite, en un molinillo

¹ Macho o mulo, cruce de caballo y burro (N.E.).

manual. Cuando mis padres se iban al campo, se quedaba al cuidado de mi hermano y de mí. Solía contarnos su vida en su pueblo (Cueva de Ágreda). Nos relataba pasajes de su vida. Por ejemplo, cómo en pleno invierno y volviendo del campo, lo acosaban los lobos. En Tarazona solía encontrarse con amigos e iba a la taberna. Le gustaba cantar. Mis padres lo consultaban antes de tomar sus decisiones y él les daba su respuesta sensata.

Mi madre atendía su hogar, los animales del corral y cosía cazadoras (camperas). Colaboraba en las tareas del campo (también lo hacía el resto de la familia). Sobre todo nos cuidaba y le gustaba darnos alegrías. Cuando cobraba por su costura, me llevaba con ella y me compraba algún botijo pequeño y chocolate. Tenía amigas que mantuvo aún a la distancia y en todos los avatares de la vida. Le gustaba cantar trozos de zarzuelas, pasodobles y marchas militares que me enseñó. Era religiosa y nos contaba pasajes de los santos. Su coraje y su espíritu emprendedor fueron constantes en toda su vida.

Mi padre era agricultor. Sus tareas, en España, siempre fueron independientes, nunca estuvo bajo patrón. Tenía algunas pequeñas extensiones de tierra heredadas de su familia. Paso a nombrarlas:

- a) Planos: Allí había viñas y olivos.
- b) Cancellada: Tenía riego por acequia y había una huerta. Era mi preferida. Íbamos allí a comer la merienda los días de fiesta. Me gustaba trepar a los árboles y contemplar la naturaleza. ¡Cómo extrañé todo esto más tarde! Llegábamos atravesado el río Queiles saltando de piedra en piedra.
- c) Caparé: también tenía riego por acequia, allí había patatas y cereales.
- d) La Dehesa: con cereales, eran tierras fiscales.
- e) La era: donde se trillaba, también íbamos los más chicos.

Mi padre atendía todas estas pequeñas extensiones de tierras. Con el carro traía lo necesario a casa, antes de estallar la Guerra Civil. Después se prohibió llevar a las casas los cultivos, se los vendía al estado. También hacía el vino y el aceite para todo el año.

La característica más saliente (*sic*) de mi padre era su afecto, amaba a mi madre y la admiraba mucho, quería a sus hijos. No le importaba el cansancio que trajera del campo, jugaba con nosotros. Siempre fue tímido y parco. Lo llamaron al frente de batalla en los últimos tiempos de la Guerra Civil. Él estaba ya casado y con dos hijas (mis hermanas mayores de 7 y 4 años aproximadamente). Fue la última “quinta” que enrolaron.

Mi padre estuvo en el frente de Zaragoza. En una oportunidad se escapó de allí para ver a la familia. Por ese motivo lo condenaron al calabozo y le raparon la cabeza. Mientras mi padre estaba en el frente, mi madre se defendió como pudo: cosió cazadoras de piel (en Argentina se dice “cuero”) y fue

vendiendo cosas para lograr subsistir. Entre ellas nuestro único macho, indispensable para las tareas del campo.

Mi padre pensó que su vida corría peligro y, en cierta oportunidad (*sic*), le mostró a un superior una carta de su mujer, contándole cosas de sus hijas y de mis abuelos. Quizás eso contribuyó a que le dieran tareas en la cocina del regimiento. Aclaro que mi padre siempre se había dedicado a trabajos propios del campo y nunca tuvo ninguna posición política. El miedo siempre estaba presente en esos días y mi madre aseguraba que se oían, desde Tarazona, caer las bombas en Zaragoza.

En nuestra ciudad cuando un bando revisaba las casas para fusilar a sus contrarios, salían éstos, desesperados, a esconderse. En algunas oportunidades, venían en tropel a ocultarse en nuestra bodega. Sabían que nuestra casa no iba a ser revisada, por no tener mi familia ninguna posición política.

Cuando mi padre volvió del frente de batalla tuvo que enfrentar serias dificultades, pues no tenía modo de realizar su trabajo, debido a la venta del macho y los utensilios de labranza (de los que hablé antes). Pudo, apenas (*sic*), comprar una burra (cosa que provocó la burla de algunos vecinos).

Mi hermana mayor, con 14 años, entró a trabajar a una fábrica textil que la llamaban “El taquillero”. Allí trabajó hasta los 16 años, cuando nos embarcamos. Tenía a sus amigas y ayudaba a mi madre en las tareas de la casa y con los más chicos. Marcelina (mi otra hermana), también la llamamos familiarmente Marina, y yo (Lucía) íbamos a la escuela estatal llamada “Del Muro”. Ambas teníamos amigas en la Placeta y en la escuela. Yo ya sabía leer y escribir antes de llegar a Buenos Aires.

A mi hermano Juanito (Juan Antonio) le gustaba pasear a caballo, por supuesto, con otra persona. Aunque, a veces, se subía al pesebre y, desde allí, montaba a Platero, nuestro macho, que era muy manso. Se ve que era común poner ese nombre a caballos de pelaje claro².

Recuerdo que alguna vez regresamos del campo las tres hermanas montadas en Platero, yo en el medio de ellas. Traíamos algunas cosas para comer en las alforjas.

Mi abuela materna falleció el mismo año en que yo nací.

CAUSAS DE LA EMIGRACIÓN

Como dije antes, se debían vender las cosechas al Estado. También teníamos la “cartilla de racionamiento” (la que entregamos antes de embarcar,

² La autora parece hacer referencia a Platero, asno cantado por el poeta Juan Ramón Jiménez (N.E.).

como consta en un sello del pasaporte). Todo esto no era suficiente. Así que mi padre iba a su propio campo, como si fuera un ladrón, a traer en una talega algunos alimentos. Como esto estaba prohibido, mi hermana Marcelina iba bastante adelante, por si veía a la Guardia Civil. En ese caso, le hacía señas y mi padre cambiaba rápido de calle.

Desde la Argentina, los familiares de mi madre (tres hermanos y dos hermanas) enviaron varias encomiendas (sic) con comestibles. ¡Qué alegría nos causaban! Además, algunos alimentos eran para nosotros desconocidos. Recuerdo un frasco con jugo de caña sólido³ que mi madre nos ponía en la sopa.

Después de la Guerra Civil, faltaban medicamentos, comida y, sobre todo, mis padres no tenían la esperanza de progreso y de dar educación a sus hijos. En mi familia se fue generando, de a poco, la posibilidad de venirnos a la Argentina, donde ya estaban tres hermanos y dos hermanas de mi madre, casados y con sus respectivas familias. Todos los hermanos habían nacido en “Cueva de Ágreda” (Soria).

Finalmente se hicieron los trámites para reclamarnos, única forma de poder venir a la Argentina. Mis tíos estaban muy preocupados por nuestra situación.

PREPARACIÓN DEL VIAJE

Para hacer efectiva la decisión de marcharnos a Buenos Aires comenzamos con los preparativos del viaje. Poco a poco, fuimos vendiendo la casa de mis abuelos maternos. La vivienda, que había heredado mi padre de su familia, hacía ya varios años que se había vendido. Tuvimos que desprendernos de Platero, de las tierras y de todos los enseres propios de las tareas para la labranza y recolección.

Algunas otras cosas se las regalamos a los hermanos de mi padre: Felipe, Bartolo y Basilio. Es fácil comprender que, para mis padres, todos estos pasos fueron duros y difíciles.

La máquina de coser la desarmamos para transportarla con nosotros. Nunca nos imaginamos lo útil que le iba a ser a mi madre, ya instalados en Buenos Aires. Embalamos lo más necesario y preparamos el equipaje de los siete.

La despedida del pueblo, de los familiares y amigos nos conmovió a todos. Fieles a nuestra decisión, partimos para Barcelona. En esta ciudad nos hospedamos en un hotel durante una semana. Con el correr del tiempo, el dinero con el que contábamos iba disminuyendo y no conseguíamos llevar a

³ Debe referirse a un jugo de azúcar (N.E.).

cabo nuestro propósito de embarcar. En ese momento la gente ansiaba viajar, por eso mismo todas las plazas de los barcos estaban saturadas.

Para capear todos estos inconvenientes nos trasladamos a la casa de unos parientes lejanos, que vivían en Barcelona. Tuvieron la generosidad de alojarnos en su departamento durante unos días más. A medida que pasaban los días crecía la desesperación de mis padres. No podíamos volver ya a Tarazona y tampoco podíamos viajar.

Un antiguo vecino nuestro de Tarazona, Daniel Lahiguera, que residía en Barcelona, nos propuso gentilmente que, si no lográbamos embarcarnos todos a la vez, dos o tres de nosotros podíamos quedarnos a vivir con ellos, hasta que consiguiéramos pasajes en otro vapor. Mis padres les agradecieron toda la vida este gesto. Pasado un tiempo sufriendo zozobras e inseguridades, un día conseguimos los ansiados pasajes para todos.

EL VIAJE

Nos embarcamos en “El Cabo de Buena Esperanza”, el 24 de enero de 1948, después de haber pasado la revisión médica obligatoria y habernos aplicado todas las vacunas que exigían. Los pasajes que habíamos comprado incluían la ubicación de todos nosotros en dos camarotes de primera clase. Pero resulta que los habían vendido dos veces. Cuando ya estábamos instalados, aparecieron otras personas que tenían asignados los mismos camarotes. En consecuencia, mi abuelo ocupó, con otros dos pasajeros, un camarote de primera.

Mi madre con mi hermano y yo estábamos en otro camarote de la misma clase. Después apareció una señora francesa que también tenía asignado el mismo camarote. Viajamos juntos. A mis dos hermanas mayores las ubicaron en segunda clase junto a otras cuatro mujeres. Mi padre fue instalado en tercera clase, reservada sólo para hombres. Según nos contó, el lugar era pésimo. El resto de la familia no podía entrar allí.

En primera clase se comía muy bien. El comedor de la segunda y tercera clase era el mismo. La comida era muy mala. Por esta causa se generó una protesta masiva. Mi madre consiguió que el camarero, del comedor de primera clase, le guardara todos los días un paquete de comida, que llevaba después a mi padre y a mi hermana mayor. A cambio de este favor, una vez en el puerto de Buenos Aires, le bajamos varias pulseras de oro puestas, detalle que dejó atónitos a nuestros familiares de Buenos Aires. Lógicamente, después teníamos que devolvérselas.

Mi hermana Marcelina consiguió pasar toda la travesía en primera clase, aunque dormía en segunda clase. El viaje transcurrió con algunos días agradables en los que se podía disfrutar de los entretenimientos propios de a bordo,

hasta que sobrevino una tormenta, que duró mucho tiempo y produjo una serie de calamidades. Con los movimientos del barco la gente se descompu-so, pocos iban a comer. Los trozos de la vajilla y los vidrios de las botellas y vasos rotos se colaban por debajo de las puertas. Para desplazarnos teníamos que apoyarnos en las paredes de los pasillos. Según decían el barco había perdido el rumbo.

Mi madre, a la noche, rezaba y lloraba. En Buenos Aires, al barco se lo daba (*sic*) por desaparecido. Esto produjo la desesperación de nuestros fami-liares. Para mi hermano y para mí el barco era una fuente de descubrimientos. A veces también nos asustábamos. Por fin, después de 23 días de navegación, arribamos al puerto de Buenos Aires.

RECIBIMIENTO EN BUENOS AIRES

Salieron a recibirnos mis tres tíos y mis dos tías, con sus respectivas familias. Eran una multitud. Hacía más de 20 años que mi madre no veía a sus hermanos. Esperando esta oportunidad, mi madre nos había cosido ropa nueva. Tenía muy buen gusto. Mi tía Rufina, más tarde, le diría, que se alegró mucho de vernos bien vestidos, pues nos conocerían su esposo y su familia política. La señal para que nos ubicaran en la borda del barco era que mi abuelo sacaría el bastón fuera del vapor.

Mi tío Enrique, hermano de mi madre, no se sabe cómo logró subir al barco para ayudarnos. Juanito, que lo reconoció por una foto que nos había mandado a España, se le colgó al cuello y no hubo modo de que lo soltara. Después de los saludos y emociones propias del encuentro partimos en varios autos hacia la casa de mi tía Rufina (hermana de mi madre). Allí nos agasaja-ron con una rica comida, puesta en una mesa muy larga. Mi tía estaba casada con mi tío Juan y tenía una posición económica muy buena.

La primera desilusión no tardó en llegar. Mi madre preguntó dónde estaba nuestra casa, como le habían prometido por carta. La respuesta exacta no la conozco, pero nos repartieron a los siete en las casas de tres tíos. Mi tía Rufina tendría a mis padres, el abuelo y Juanito (Juan Antonio). Mi tía Fortunata (le decían Fortuna) se llevaría a su casa a mis hermanas mayores. Mi tío Enrique con su esposa y mi prima Elida (de 12 años) me llevaron a mí sola a vivir con ellos.

Tenía siete años y era el primer día de llegada a un país desconocido y con personas, aunque de la familia, nunca tratadas. Se podrá suponer mi esta-do de ánimo. Recuerdo que lloré mucho, con mis brazos apoyados en la mesa de la cocina y mi cabeza sobre ellos.

Nada me calmaba, ni que mi tía me mostrara la habitación donde iba a dormir. Yo repetía, sin cesar: “con mi mamá ...”. Por fin mi tío sacó el auto, esa noche, y me llevó a casa de mi tía Rufina con mi madre.

OCUPACIONES DE LA FAMILIA

Mi padre empezó a trabajar en una pequeña industria textil que tenía mi tío Daniel (hermano de mi madre). Jamás había realizado ese tipo de tareas ni había trabajado bajo patrón. Por otra parte, mi tío nunca se había caracterizado por su buen genio. Le hacían (*sic*) algunas bromas acerca de su velocidad en el trabajo. Un día, mi padre, ya cansado, le dijo: “ponte tú en esa máquina y yo en ésta, haber quién termina antes”. Mi padre acabó primero.

Mi madre siguió cosiendo camperas de cuero en el taller que tenía mi tío Juan (esposo de mi tía Rufina). Pero un día, pasó, por casualidad, por otro taller, donde se las pagaban mejor. Se lo dijo a mi tío con franqueza. Por otra parte, mi madre notaba que mi tía no estaba conforme con que trabajara allí. Por todos estos motivos decidió comenzar a trabajar en el otro taller.

Si bien mis tías fueron generosas, sobre todo en un principio, notó que la menospreciaban y le decían algunas cosas molestas. Eran como extrañas, habían crecido separadas y bajo otras circunstancias. Se diferenciaban bastante. Mi madre se quedó al cuidado de sus padres mientras que ellas habían salido de España, antes de cumplir los veinte años, después de la partida de sus hermanos.

Entre mi tío Enrique y mi tío Juan nos compraron, después de varios meses, una casa vieja. Más tarde, se les fue pagando, con sus correspondientes intereses, a medida que nos fuimos independizando y ganando dinero. Mis padres, que habían sentido mucho la separación de todos nosotros, se pusieron contentos.

Mi tío Enrique era afectivo y generoso. Siempre venía a mi casa que estaba cerca de la suya. Me parece que era una forma de revivir su juventud. Había salido de España con documentación falsa, escapando de ser alistado en la Guerra.

Cuando mi madre expresó el deseo de que sus hijos estudiaran, mi tía Ángeles (esposa de mi tío Daniel) dijo: ¡Qué pretensiones traen! Mi madre guardó muy bien esa frase en su memoria y, a medida que nosotros avanzábamos en nuestros estudios, un día le contestó: “parece, Ángeles, que las pretensiones se van cumpliendo”.

Mi hermana María Carmen comenzó a trabajar en una fábrica textil, desarrollando las mismas tareas que en España. Años más tarde comenzó a coser camperas en casa con mi madre. Para ello se compró otra máquina de

coser industrial. Marcelina fue inscripta (*sic*) en el mismo colegio y curso que mi prima Elida, 5° grado, porque no sabía historia de Argentina, aunque su preparación era superior en matemáticas y otros temas.

Yo, Lucía, también iba al mismo colegio (Nuestra Señora de Luján). Me pusieron en 1° grado, pero, como la maestra vio que tenía bastantes conocimientos, hice el siguiente grado, libre y adelanté hasta el actual 3° grado. Ya sabía, antes de venir a Buenos Aires, leer y escribir y algunas operaciones de aritmética.

Se supone que los niños pequeños se adaptan con más rapidez a los cambios, no creo que eso sea así. Extrañaba los juegos más dinámicos, los entretenimientos más creadores e imaginativos de los chicos españoles. Yo venía de una ciudad pequeña a una capital, todo era diferente. Las chicas parecían más agrandadas y tranquilas.

Una niña de la placeta Marimancebo me había dado una foto suya, con un mapa detrás de ella, para que la recordara. Ya en Buenos Aires, yo miraba con frecuencia esa foto. A la noche, soñaba que volvía a España y me encontraba con mi amiga. Ese fue un sueño que se reiteró muchas veces.

LA CASA

La casa de Buenos Aires era muy vieja, sucia y llena de ratas. Poco a poco, la fuimos mejorando y pintando. Tenía un pequeño jardín adelante. En la planta baja, y hacia la derecha, había tres habitaciones corridas. Luego la cocina y un baño. Todo ventilaba a un patio, como también dos habitaciones independientes. Hacia la izquierda y al frente un pequeño taller de zapatería (de un inquilino).

En el primer piso, por una escalera que arrancaba en el patio, se subía a otra vivienda donde vivían, como inquilinos, una señora muy mayor con varios hijos.

El señor, que nos había vendido la casa, era italiano y debía regresar a Italia pero, hasta que partiera su barco, les pidió a mis padres quedarse en una de las dos habitaciones independientes que daban al patio. Ellos accedieron.

Más tarde, el mismo señor, trajo dos emigrantes italianos conocidos de él. Así se ocupó la otra habitación. Todos pertenecían a la región de Venecia⁴ en Italia. Venían a la Argentina en busca de paz y trabajo, después de los

⁴ Venecia es la capital de la región del Véneto, al noroeste de Italia (N.E.).

episodios terribles de la Segunda Guerra Mundial. De esta manera, comenzó lo que sería más adelante una “pensión familiar”.

Todos comíamos en una amplia cocina. Con los italianos nos entendíamos como podíamos, a veces, por señas. Algunos eran casados y fueron trayendo a sus familias de Italia.

Se indemnizó a los inquilinos del primer piso y la pensión fue creciendo. Las comidas eran muy pintorescas y alegres. Se contaban anécdotas de sus pueblos, sus costumbres, sus esperanzas. Entre ellos había lazos de parentesco, por ejemplo, Luigi y Silvio Nicoletti eran hermanos y Óscar era primo de ambos. El señor Alejandro Baldán trajo a su esposa y dos hijas de Italia y se fueron a otra vivienda.

Mi madre cocinaba para todos y seguía cosiendo camperas. Éramos como una gran familia.

ENFERMEDAD DE MI PADRE

La nostalgia y el desarraigo, no obstante, se hicieron sentir. Mi padre creo que sufrió más que nadie el cambio de vida. De sus actividades propias del campo, pasó a depender de un patrón en una fábrica textil. Tarea para la que no tenía experiencia. Allí también trabajaba mi hermana María Carmen. Además extrañaba a sus hermanos (todos estaban en España), su forma de vida, sus amistades. Para él, las frutas y verduras no tenían igual sabor que las de España. Claro, en una capital todo viene de frigoríficas, de ahí, que se arrancaban las frutas verdes y maduraban artificialmente.

Se enfermó. Tuvo una úlcera muy grande en el estómago, debido a su descontento y malestar general. Consultaron varios médicos y hospitales, hasta que, por fin, dieron con el Dr. Mancella. Éste le dio un régimen estricto a base de productos lácteos. El tratamiento duró un año, gracias al cual, se curó.

Mi padre había adelgazado tanto que mucho tiempo temimos que muriera. Mientras duró su enfermedad dejó de trabajar, a pedido de mi madre, y ayudaba en casa lo que podía. Se dedicó a arreglar la vivienda. Logramos exterminar las ratas, que habían devorado nuestros documentos, entre ellos las Partidas de Nacimiento que tuvimos que pedir, de nuevo, a España.

AÑORANZAS

Yo extrañaba, especialmente, nuestras salidas al campo, el contacto con la naturaleza, los juegos en la Placeta, la escuela. Todavía tengo imágenes de los chopos mecidos por el viento, el entusiasmo por las meriendas en la

huerta, las invitaciones de nuestra vecina Josefa a su campo con nogales. La inseguridad del primer tiempo, los cambios de escuela y mi timidez me llevaron a una inestabilidad emocional. Muchas noches soñaba que regresaba a España.

También mi hermano extrañaba. Pero, debido a su corta edad, no lo expresaba con claridad. Dos son las anécdotas que recuerdo con Marcelina, al respecto. Mi madre, al notar que de la escuela no venía directamente a casa, le pidió a mi hermana Marcelina que lo siguiera, sin que él se diera cuenta. Juanito se encaminaba a un corralón donde se guardaban varios caballos de tiro⁵ y los miraba largo tiempo. Marcelina se lo contó a mis padres. Ellos se emocionaron y mi madre dijo: “El chiquillo extraña a Platero”.

En otra oportunidad, lo mandaron en la escuela a izar la bandera Argentina (en las escuelas se hace esto diariamente). Juanito les dijo que no quería ir, porque ésta no era su patria. La maestra mandó llamar a mi madre. Ella les aclaró que, en casa, nunca se hablaba mal de la Argentina y que desconocía la causa de esa conducta.

Mi abuelo también añoraba a sus amigos, la taberna, sus entretenimientos... Le decía a mi madre: “Oye, Carmen, ¿te parece que yo resistiría el viaje de vuelta a España?” (tenía más de 84 años). Ella le contestaba que no podíamos regresar, por muchas razones, entre ellas, que se había vendido todo.

SALIDAS Y ENTRETENIMIENTOS

Para mitigar nuestra añoranza íbamos con frecuencia a centros españoles. Allí nos reuníamos con otros compatriotas y se escuchaba música española. Veíamos películas españolas en los cines “Victoria” y “Gloria”. A veces concurríamos (*sic*) al Teatro Avenida. Estos lugares quedaban sobre Avenida de Mayo que aquí la llamaban “la avenida de los españoles”.

Otra de nuestras salidas consistía en ir al puerto. Entrábamos en los barcos españoles: “Cabo San Roque”, “Cabo San Vicente”, etc. Comprábamos turrónes y hablábamos con los marineros. Era como sentirnos en un pedazo de España.

También solían venir de visita algunos españoles de nuestra ciudad que habían llegado como emigrantes, igual que nosotros. Recuerdo a las familias Lahiguera que eran varios hermanos y hermanas, ya casados y con varios hijos.

⁵ Caballos grandes y fuertes que comúnmente se emplean para arrastrar carretas o para labores en el campo (N.E.).

EVOLUCIÓN DE LA FAMILIA

Transcurrieron varios años y siempre tratamos de progresar. Nos mudamos a otra casa, cerca de la anterior, en la Capital. La primera casa se transformó en un pequeño hotel familiar e hicimos algunas ampliaciones. María Carmen se recibió (*sic*) de modista y siguió cosiendo, hasta que se casó. Tiene tres hijos.

Marcelina estudió abogacía varios años hasta que se casó. Tiene cuatro hijos. Juan Antonio (le decimos Juanito) se casó y tiene tres hijos. Él se recibió de médico hace muchos años.

Por último, yo (Lucía de los Ángeles) me casé con un castellano nacido en Imecha (provincia de Soria). Él vino en 1972 y trabajó en una empresa de alimentación. Ya estaba por volverse a España cuando me conoció. En 1979 nos casamos y tenemos una hija de 20 años. Ella estudia arquitectura. Es nuestro orgullo no sólo por su inteligencia, sino por toda su personalidad. Yo estudié en la Universidad del Salvador y me recibí de “Profesora en Letras”. Trabajé como profesora de lengua y literatura durante veintiséis años. Ahora estoy jubilada (tengo 66 años). El sueño que tenían mis padres de que sus hijos estudiaran se cumplió.

Pero más que eso, les importaba que fuéramos personas de bien. Sus lecciones de vida nos acompañaron siempre, así como su empuje y su valentía para enfrentar situaciones difíciles. Cuando estaba desalentada frente a un examen mi madre me decía: “El que no espera vencer, ya está vencido”. Esta frase me acompañó siempre.

Estuve con mis padres hasta que me casé. Mis hermanos ya habían formado sus familias varios años antes. El hotel familiar se vendió poco tiempo después. Mi padre murió en 1990 y mi madre en 1997, rodeados del amor de todos sus hijos.

Antes de que fallecieran, nos solíamos reunir en su casa todos los domingos. Tuvieron once nietos, de los cuales, nueve son profesionales y dos estudian todavía (incluyo a mi hija). Por sobre todas las cosas, son los continuadores de los valores que les legaron sus abuelos.

MIS TÍOS

Dedicaré algunas líneas a mis tíos, hermanos de mi madre, que nacieron, como ella, en Cueva de Ágreda (Soria).

Mi tío Daniel había llegado a los veinte años aproximadamente. Se casó con mi tía Ángeles, nacida en Ágreda (Castilla). Tenía una pequeña industria textil.

Mi tío Elías tuvo un bar y luego pasó a trabajar con mi tío Rafael (esposo de mi tía Fortuna) en un hotel familiar. Como mis otros tíos, vino muy joven.

Mi tío Enrique poseía una estación de servicio. Tuvo una muerte trágica, porque murió quemado al intentar apagar un incendio en el subsuelo de la estación, debido al combustible de los tanques.

Era el hermano más querido de mi madre, el más comprometido con nosotros. Vivíamos muy cerca de él. Solía visitarnos con frecuencia. Como ya dije antes, había llegado a Buenos Aires con documentación falsa para no ser alistado para la guerra.

Mis tías Rutina y Fortuna llegaron juntas a Buenos Aires, antes de los veinte años. Aquí se casaron y tuvieron tres hijos cada una. Estaban, a nuestra llegada a Buenos Aires, totalmente adaptadas y nos recibieron muy bien. Pero eran como extrañas con mi madre, que padeció muchas veces su incompreensión. De todas maneras, se llevaron bien. Mi madre se independizó con rapidez y buscó su propio camino.

LA ARGENTINA

El país que encontramos estaba en plena pujanza. Nos recibió con las mismas ventajas que gozaban los argentinos. Los inmigrantes, en grandes cantidades, llegaban desde Europa y otros lugares. Huían de los problemas ocasionados por la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Civil española. La mayoría eran españoles e italianos, pero también se podía encontrar árabes, ingleses, alemanes, etc. En consecuencia, coexistían diversas lenguas, costumbres, comidas...

En la misma calle se podía encontrar vecinos de distintas nacionalidades. De ahí que algunos negocios se especializaron en la venta de pastas o pizzas italianas, panes árabes, repostería alemana...

Las distintas colectividades nos agrupamos en centros donde manteníamos las características de nuestro país. Hace poco se celebró la “Fiesta de los inmigrantes”, en Palermo, donde hubo bailes de todas las colectividades. También hubo lugares que recibieron inmigrantes de una sola nacionalidad. Por ejemplo en la provincia de Córdoba (Argentina) hay una localidad que se llama “General Belgrano”, donde casi la totalidad de la población desciende de alemanes y mantiene su lengua, costumbres, comidas y arquitectura alemanas. Hasta la misa, en la única iglesia, se celebra en lengua alemana.

En Bariloche (provincia de Río Negro a 1.700 km de Buenos Aires), al sur del país, también se puede observar la presencia de diversas colectividades europeas.

Sobre todo, en la “Fiesta de la nieve”, en que cada una de ellas exhibe sus danzas típicas en la falda del cerro “Catedral”. Esto lo aprecié en un viaje al sur cuando todavía era soltera. Toda esta variedad de nacionalidades hace

que el argentino no tenga una clara idiosincrasia (*sic*). Pareciera no definirse a sí mismo en forma rotunda. Especialmente el porteño, que siempre admiró a Europa y no encontró su propia identidad.

La música argentina fue otra sorpresa para todos. El tango y las melodías del norte nos resultaban melancólicas y tristes. Nosotros comprábamos discos de música española: pasodobles, vanas zarzuelas (*sic*). Así, aprendí a cantar con mi madre estas cosas.

Muchos argentinos desayunan y meriendan con mate. Éste consiste en colocar hierba mate en un recipiente, se le agrega agua caliente y azúcar. Luego se toma introduciendo una bombilla. Lo pueden compartir varias personas, previo agregado de agua y azúcar. Nosotros nunca nos pudimos acostumbrarnos a tomar mate.

Los días de fiesta se suele comer pastas, al estilo italiano (ravioles, canelones), y asados hechos a la parrilla. El asado es el plato más típicamente argentino. El dulce de leche es una invención argentina.

La forma de hablar argentina se diferencia de la nuestra. Menciono algunos ejemplos. No se usa la segunda persona “vosotros” y tampoco la forma verbal correspondiente. Se reemplaza por “ustedes”. Se dice “vos” en lugar de “tú”. Se pronuncian como “s” los sonidos de “z” y “c”. No diferencian el sonido “ll” de “y”⁶. Existen grandes cambios en el vocabulario, por ejemplo: alcaucil (alcachofa); ají (pimiento); porotos (judías), etc. El lunfardo es una forma oral de la Argentina, propia de las clases más bajas y que luego pasó a las letras de los tangos. Tiene un vocabulario muy pintoresco.

En Argentina se acogía muy bien al inmigrante y mi madre, en particular, sentía que se le allanaban algunas dificultades. Venía contenta con bolsas llenas de comida y asombrada por el poco dinero que había gastado.

En Argentina se consume mucha carne y poco pescado. Los cortes de carne reciben nombres totalmente diferentes que en España. Todo esto, en un principio, confundía a mi madre, pero ella era decidida y pronto se acostumbró.

En 1998 volvimos a España con mi marido y mi hija. Visitamos a nuestros familiares. Fue una emoción muy grande. Conocieron a mi hija. Yo sentía que pertenecía allí, por temperamento, costumbres, carácter. También visitamos la casa donde nací y pasé parte de mi infancia. El actual dueño me hablaba de las reformas que había hecho, pero yo trataba de recordar todo lo que había allí, antes de embarcar. Las imágenes de mis padres y de mi abuelo, ya fallecidos en Buenos Aires, vinieron a mi mente y los ojos se me llenaron de lágrimas.

⁶ En España esta diferencia fonética también se está perdiendo (N.E.).

ACONTECIMIENTOS POLÍTICOS

Cuando llegamos a Buenos Aires, gobernaba el país Juan Domingo Perón y colaboraba con él su esposa Eva Duarte de Perón. A los pocos años, se fueron produciendo descontentos en una gran parte de la población. El Congreso dejó de funcionar y Perón asumió poderes extraordinarios. Muchas personas tuvieron que emigrar, por seguridad. Entre ellas, gran cantidad de intelectuales. Otra vez, el miedo se instaló en nuestra vida. Se comenzó a perseguir a la Iglesia y los peronistas quemaron algunos templos.

Nosotros no vivíamos cerca del centro de la ciudad, pero las noticias asustaban. Mi padre, como todos los dueños de hoteles y pensiones, tenía que llevar planillas a la comisaría más cercana con todos los movimientos de pasajeros (*sic*) del hotel. Aunque el nuestro fuera un negocio familiar y tranquilo. En 1955 los militares bombardearon Plaza de Mayo (donde está la Casa de Gobierno) y tomaron el poder. Ese día yo estaba en la Escuela Comercial Secundaria. Si bien quedaba cerca de casa, a los estudiantes no nos dejaron salir hasta que un familiar nos viniera a buscar.

Mi madre, con todo, enfrentaba los acontecimientos con serenidad. Lo primero que hacía era salir a comprar comida, temiendo el desabastecimiento.

Los militares gobernaron los siguientes años, instaurando el terrorismo de estado que produjo miles de desaparecidos, hasta 1983⁷. Hubo algunas interrupciones de gobiernos democráticos, depuestos, como el Dr. Arturo Frondizi (1958-1962) y el Dr. Arturo Illia (1963-1966). En 1983, se elige al Dr. Raúl Alfonsín. Desde entonces, tenemos gobiernos democráticos.

La situación del país, con la democracia, fue de error en error, aumentando la famosa y enorme deuda externa que, por supuesto, la padece la población. Sobre todo se destaca el descalabro producido por la crisis del “corralito”, donde el Estado se adueñó de los ahorros de la gente, a través de los bancos. La repercusión de estos acontecimientos fue enorme. Los precios, desde entonces, han subido mucho. Pero tenemos esperanzas de salir, poco a poco, de los problemas. Argentina es un hermoso país, a pesar de todo. Posee grandes bellezas naturales, todo tipo de climas: desde calurosos en el norte hasta los glaciares del sur (Calafate). Tiene nieves eternas en la Cordillera de los Andes, tierras extensas y cultivables, minerales, pesca, ríos caudalosos. Merece que su situación vuelva a ser lo que era, cuando llegamos: la tierra que cobijó, desinteresadamente, a tantos inmigrantes; el país que mandaba barcos cargados de cereales a Europa, devastada por la guerra.

⁷ Se refiere a los diferentes golpes de Estado que llevaron al poder a los militares en Argentina: 1955-1958; 1962-1963; 1966-1973 y 1976-1983 (N.E.).

MI FAMILIA

Quiero dedicarme un poco a mi familia. Desde que conocí a mi esposo, Pascual Pascual Gonzalo (hace 27 años), he afirmado todavía más lo español. Vamos a ver espectáculos españoles y escuchar zarzuelas en el Teatro Avenida. Hablamos por teléfono con nuestros familiares en España o nos comunicamos por correo electrónico. Vemos el canal español⁸ y extraño series de jerarquía (*sic*) que había antes como “La regenta”; “Los gozos y las sombras” (sobre el libro de Torrente Ballester) y otras adaptaciones de obras de Blasco Ibáñez como “Cañas y barro”, “La barraca”, etc. Hace poco nos visitó un sobrino de mi marido que reside en Zaragoza.

España está siempre presente en nuestras vidas: a través de sus noticias, de sus manifestaciones culturales, de su música. Nos conmueve oír las jotas o escuchar zarzuelas. El sentimiento está latente y fluye en toda oportunidad (*sic*). Seguimos, a través de la televisión española, los grandes eventos y hasta los programas de entretenimientos. Sentimos orgullo de nuestra nacionalidad. Mi hija, como mis sobrinos, tiene la ciudadanía española.

Los cuatro abuelos de mi hija, Lucía Florencia Pascual, son españoles, tres de ellos castellanos y uno aragonés. Su padre, ya saben, es también castellano y yo, aragonesa.

Confiamos saber transmitirle los valores que nos legaron nuestros antepasados: honradez, valentía, empuje para enfrentar la adversidad.

Ojala que los vínculos entre las diversas comunidades españolas y los emigrantes que vinieron a Latinoamérica se afiancen cada vez más. Lo necesitamos de ambas partes, pues nos unen muchos lazos comunes.

Ésta es la primera vez que escribo para un concurso. Todo mi relato es sincero y cierto. Muchas veces traté de contener la emoción para que resultara más objetivo. Les doy las gracias a los organizadores de este concurso por darme la oportunidad de expresar estas vivencias y por interesarse en nuestra emigración.

⁸ Se refiere al canal Internacional de RTVE (N.E.).